

Nacida en Barcelona, en 1946, Montserrat Roig es hoy una de las primeras novelistas jóvenes españolas: «Ramona, adiós», «Tiempo de cerezas», «La hora violeta», son sus tres títulos más recientes. Periodista de renombre dirigió en la televisión catalana el programa «Personatges» y su libro «Noche y Niebla» es un gran reportaje sobre los catalanes en los campos nazis; Montserrat Roig inició en TRIUNFO sus primeras colaboraciones de ámbito nacional. El presente relato forma parte de un libro colectivo, editado en España por Argos Vergara. Participan en él nueve editores (España, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Italia, República Federal Alemana, Suecia, Holanda e Israel), que en la Feria Internacional del Libro de Frankfurt en 1979, idearon un proyecto conjunto: un libro que recogiera experiencias vividas por mujeres en el curso del proceso de emancipación en la década de 1970. Cada editorial participante seleccionó un relato de una autora de su país, escrito en la última década y no publicado en forma de libro. Esta antología —titulada «Carnets de mujer»— se publica ahora en ediciones simultáneas en ocho lenguas y se presentará este año en la Feria del Libro de Frankfurt.

HAN pasado ya dos años desde que te fuiste, Mar, y me dejaste obscenamente sola, dos años desde aquel día en que tu Mehari se hundiera en la Collada de Tossas y te trasladarán al hospital para llenarte de tubos por todas partes, violada sin piedad por la ciencia, desde aquel día en que te vi completamente calva tras el cristal profiláctico, y me mirabas sin mirarme porque estabas muy lejos, tan lejos que ya no po-

días reírte de mis teorías feministas y gritarme que los niños no son de nadie, dos años que me han colocado en una especie de fotofija, que me obligan a pensar que la mujer que fui a tu lado no fue más que una mentira que tú ayudaste a fabricar, una ilusión, y que tu manera de vivir tenía que terminar fatalmente como acabó, rodeada de tubos, respirando porque así lo ordenaban aquellos hombres de blanco que no sabían nada de nosotras, y que si lo hubieran sabido habrían dicho lo que todo el mundo, que tú y yo nos entendíamos, porque no tienen otras palabras para definir lo que nació en nosotras, ni tampoco yo lo hubiera sabido, Mar, fíjate, con la cantidad de libros de feminismo que me he tragado, con tantos años de universidad y también de eso que llaman éxito, y nunca se me ocurrió ponerle una palabra a aquel tiempo de silencio, de trasiego y de locura, a aquel tiempo en que las horas se nos juntaban sin darnos cuenta, cuando algunos amigos intelectuales nos miraban con recelo, qué desfachatez, decían sus ojos saturados por el miedo, qué desfachatez, se besan en la playa, se abrazan, se ríen, corren, dicen

MAR

MONTSERRAT ROIG

a M.B.

«La vida me ha enseñado a pensar, pero el pensamiento no me ha enseñado a vivir.»

Herzen

perdida la cuenta de los niños que luego te quitaría Ernest dispersos aquí y allá, metidas las dos en nuestros prolongados silencios, sin tener que darnos explicación alguna, mirando el mar y pensando que tal vez éramos dos cuerpos que de repente se convertían en uno y que por fin se habían encontrado después de haber deambulado como idiotas por una galaxia desconocida, han pasado ya dos años, Mar, y quizás no me reconocerías, pues ha vuelto en mí la razón y la sensatez, he vuelto a leer libros para entender lo que no entiendo en la vida, pues fue demasiado corto aquel tiempo para continuar, y, además, ya no estabas tú, has vuelto a tu universo, estabas de más, y yo no podía seguirte, estoy hecha también de barro y de miedo, en mí murió lo que había nacido contigo, luego vino la separación con Ferran, intentar explicar cuanto le amaba a pesar de todo, darme cuenta de que yo me había subido a un tren que no paraba, no paraba, mientras él se quedaba cada vez más pequeño, cada vez más pequeño en la estación, y me acuerdo ahora de la famosa discusión sobre las me-

tonterías, y es que ellos siempre están prontos para definir lo indefinible, necesitan marcarlo con un lápiz de punta gruesa, éstas se entienden, éstas tienen un asunto, porque así es su vocabulario, Mar, y no podían comprender, cómo tú decías, que hacíamos el amor de otra manera, sin acostarnos, sí, cuando nos dábamos la mano y nos perdíamos mirando el mar, mojado el trasero por la arena húmeda, hundidos los pies en la orilla, las horas transcurridas,

MAR

sas redondas y las circunferencias, de cómo Ferran intentaba explicarte que el espacio que hay en una mesa redonda es una circunferencia y de cómo tú te reías y le decías, pero una mesa redonda es una mesa redonda, ¿no?, y te empeñabas con tus palabras mientras Ferran se aferraba a su lenguaje científico, que por algo él es un teórico y tú un ser de otra galaxia. Cuando observé la cadencia de tu cuerpo bajo el *respirator*, cuando vi cómo te obligaban a respirar arriba y abajo, arriba y abajo, mientras tú ya estabas lejos, tuve dos reacciones distintas, la primera sublevarme contra la máquina y la ciencia, que te obligaban a existir cuando tú habías decidido que te ibas, y la segunda fue enfadarme contigo porque me habías dejado sola, pues me veía obligada a dejar de vivir y a empezar de nuevo a disimular, a aparentar que era una mujer fuerte sin serlo, o aparentar que la separación con Ferran no era más que un transbordo en esta puñetera vida, a tener de nuevo treinta vidas, madre afectuosa sin complejos de culpa, mujer que da conferencias sobre feminismo, hembra que satisface puntualmente al macho, amiga y confidente de fracasos que yo me resisto a creer como propios, y todo fue porque tú habías decidido irte...

Sí, han pasado ya dos años desde aquel día, y casi tres desde la primera vez que te vi, seguro que tú no recuerdas lo que yo. ¡Qué te vas a acordar! Me hablaste en el tren como si me conocieras de toda la vida, en ti este hecho era de lo más normal, mientras que para mí resultaba insólito que alguien se me dirigiera sin más, claro que siempre decías que las personas o se quieren o no se quieren —luego me di cuenta de que se lo habías robado a la Shirley MacLaine de *El apartamento*, que lo decía con la cara sucia de lágrimas y «rimmel», y, cuando te lo recordé, tú sólo dijiste, bueno, ¿y qué?—, así que escuchaste la conversación que yo sostenía con mi hermana sobre el coche que Ferran quería comprarse, y tú metiste baza cuando comentábamos que quizás el Dyane era mejor que el Renault 4/4, dijiste, lo recuerdo bien, que lo mejor es un Dos Caballos, lo único es que hay que preocuparse del aceite, me lo espetaste a la cara y luego te quedaste tan tranquila, seguiste mirando por la ventanilla como si nada, pero yo me fijé en ti y pensé, qué cara, pues en el subterráneo de mi educación hay una regla que dice que no es de buen tono entrometerse en conversación ajena sin ser presentada, pero tú sólo dijiste lo del Dos Caballos y lo del aceite, y seguiste mirando el paisaje polvoriento y cansado de los alrededores de Barcelona, sumergida en tus

pensamientos, convencida de que habías hecho justamente lo que hacía falta.

Pero yo seguí mirándote y al cabo de un rato me di cuenta que te había visto en otro lugar. Eras una mezcla rara, quizás de adolescente y animal salvaje. El pelo rubio te caía lacio y pensé, se parece a un paje del renacimiento. Ya sabes, mi manía de clasificar los aspectos físicos de la gente. Piel de fruta y ojos de bosque al alba. Tus ojos ya parecían entonces de otro mundo y ahora que estás muerta lo comprendo. Quizás me enamoró tu actitud digamos inocente, tu *sans façon* entre perversa e infantil. Me despertaste un sentimiento nuevo que no supe entonces definir, tal vez un sentimiento que yacía enterrado en lo más oscuro de mí. Y que no estaba dispuesta a mostrar ante nadie, y mucho menos ante Ferran. La gente buscaba en mí a la mujer sensata de las conferencias feministas, la que era capaz de diagnosticar el mal de las mujeres de nuestro tiempo, la tela de araña y el sentimiento de posesión, ya sabes, aquello de sentirnos desvalorizadas desde que nacemos. Pero tú me esperabas a la salida de las charlas y no decías nada, nada de si yo había estado brillante o aguda, me esperabas en el Mehari, roto y desvencijado, y arrancabas dando sacudidas y tumbos para llevarme muy lejos, quizás a mirar desde las contaminadas playas de Barcelona, sentadas entre cascotes de Coca-Cola, tubos oxidados y viejas alpargatas medio enterradas en la arena. No hacía falta hablar demasiado, ni construir algo nuevo, sólo que contigo perdía el miedo, el miedo a mostrarme tal como soy, esta adolescente que de continuo tengo que enterrar en las simas húmedas de mi interior. Y te empecé a admirar, porque, sabes, yo no puedo querer a alguien si no le admiro —cosa que tu desconocías—, te empecé a admirar como si yo fuera un hombre y tú fueses un producto sin elaborar, sin ninguna sofisticación. Contigo dejaba atrás los libros y las teorías, los sanos razonamientos que me inducían a creer que lo mejor es vivir liberada, viviendo sin embargo el estrecho cerco de la reflexión, cobarde ante mis impulsos y mis deseos, ateniéndome sólo a las reglas de *femme savante* de quien todo el mundo espera la respuesta adecuada. Sí, ya lo sé, me equivocaba, pero es que yo tampoco sé amar como tú lo hacías, yo tenía que poner precio a todo, si hoy te doy tanto mañana me lo devuelves, un toma y daca continuo, mientras que tú te entregabas sin premeditación, tal vez porque venías de otra galaxia. Tu espontaneidad no era un fruto de la rebeldía por no dejarte dominar. Transpirabas naturalidad por to-



dos los poros de tu cuerpo, nada tenías que ver con la pose estudiada y snob de la antiburguesa. Y quizás mi amor por ti nació de una profunda envidia de no ser así, de no ser como tú, porque a veces el amor nace de la envidia. No habías roto con ningún patrón porque, sencillamente, no tenías ninguno. Y pronto creí que habías bajado de otro planeta, pues de otro modo no se podía entender cómo vivías, sin plantearte nunca lo que hacías, sin teoría alguna, sin reflexionar previamente sobre la represión de los años jóvenes, hablando de lo feliz que habías sido cuando niña, aplicando puntualmente nuestras teorías feministas, estas teorías que nuestro miedo y resentimiento nos impide dejar en libertad. Te reías cuando yo te decía que eras feminista sin saberlo, te quedabas conmigo cuando yo te hablaba de cómo admiraba la inteligencia y la cultura, de que eran estas dos cosas precisamente las que más me habían fascinado de Ferran, y con sorna me preguntabas, ¿y no será que amas a Ferran por el afán de buscarte un compañero?

Sí, despertaste en mí una fuerza telúrica, mágica y sabia a la vez, que quizá no nacía en ti sino que era otro eslabón de la infinita

cadena perdida, de la cadena formada por las silenciosas abuelas y bisabuelas que enterraron sus quejas y sus recónditos placeres entre las paredes de la soledad nunca escrita. Lo descubrí cuanto te vi rodeada de tubos en el hospital, cuando eras un cuerpo inerte que respiraba a la fuerza gracias a las decisiones del progreso científico. Y cómo te odié entonces, por haberme dejado sola, por obligarme a enterrar otra vez lo que despertaste en mí, lo que nunca tenía que haber despertado.

Te bajaste del tren y fue entonces cuando recordé quién eras, quién era la chica de piel de fruta y ojos de bosque al alba. Compuse tu imagen en el entorno preciso, en la plaza del pueblo húmedo donde vivíamos, cerca de Barcelona. Eras la chica que enseñaba el culo cuando te agachabas para abrochar el abrigo de tus hijos antes de subir al autocar del colegio. Llevabas unas botas color zanahoria que te llegaban hasta medio muslo y una falda muy corta. Oí entonces una voz que me decía por lo bajines, aquella es una fresca, alguien que te señaló con el dedo, una guarra y una fresca, repitió. Vive con su marido y un amante, todos revueltos. Miré a la que me habla-

MAR

ba y vi que era la Millonaria. Y yo, muy digna, le contesté, no me interesa esta clase de historias. Mentí, yo sé que mentí. Pero yo estaba muy puesta en mi papel de intelectual discreta y razonable, fiel reflejo de mi educación de niña de ensanche, y no me extrañó cuando supe más tarde que la Millonaria me encontraba muy antipática. Luego reflexioné y llegué a la conclusión de que tal vez me distanciaba de la Millonaria por cuestiones de clase. Podía defender a una fresca y a una guarra que vive con su marido y su amante, todos revueltos, pero no podía dar palique a una mujer cuya ley de vida era el cotilleo. Y es que Ferran y yo habíamos decidido vivir en el pueblo húmedo rodeados de los más desheredados, el lumpen del lumpen, por lo de nuestras ideas socialistas, pero lo cierto es que nuestras ideas pertenecían a la mente y no me daba cuenta entonces de que había una barrera infranqueable, más allá del dinero, más allá de las ideas, y esta barrera es el lenguaje. El cotilleo y la indiscreción de la Millonaria eran parte de su vida, las historias de los demás la llenaban sin darle trascendencia. Pero yo pertenezco a esta clase de gente que se las apaña diciendo que el cotilleo es cultura, que es una manera muy hábil de meterme en lo que no me importa. Y tal vez sea ésta la razón por la cual Ferran y yo dejamos el pueblo húmedo, pues no había manera de conciliar nuestras ideas con gente como la Millonaria, que mezclaban la bondad y la crueldad sin preguntarse nunca por qué actuaban así y no de otro modo. Claro que tú eras amiga de la Millonaria, a pesar de saber que te tildaba de guarra y fresca, porque sabías que la Millonaria era infeliz, y era infeliz porque sólo tenía veintiún años y andaba preñada por tercera vez del Millonario, un marido chulo y fanfarrón que ganaba cuatro perras trabajando a destajo y que todos los sábados se gastaba medio jornal convidando por ahí a todo quisque. Tú sabías que la Millonaria se moría de asco y de pena limpiando culos y mocos el santo día en su piso empapelado de horribles flores japonesas, o bien sentada en su tresillo rodeada de mocosos que le agujoneaban la cabeza de tanto gritar. Tenía que pasar mucho tiempo para entender que la única distracción que le quedaba a la Millonaria era la de poderme contar que tú eras una guarra y una fresca porque vivías con el marido y el amante, todos revueltos.

En un primer vistazo, me pareciste una mezcla de chica de casa bien y de camarera de bar de alterne. Eras el centro del mundo y a la vez sabías pasar inadvertida con la tranquilidad que sólo tienen los ricos, los que se han

pasado años y siglos puliendo su exterior. Sin embargo, pronto me di cuenta de que incitabas a la sensualidad sin ningún tipo de moralismo. Eras amoral aunque no lo sabías. Y quizás sea ésta la razón por la que te odiaban muchas mujeres, es una seductora, me decían. Tal vez porque dabas la impresión de que todo te era dado, sin lucha ni conflictos interiores. Te entregabas a los hombres de veras, y al día siguiente volvías a amar con la misma fuerza. Nunca escondías nada. Ferran me decía, es demasiado hembra, y yo sólo sabía responderle que eras la única persona que ignoraba qué cosa son los celos, que no querías ser poseída pero que tampoco sabías lo que era poseer.

Luego de la conversación con la Millonaria, cuando me gané el sobrenombre de antipática, ya no pensé más en ti. Hasta el día del tren, el día que metiste baza en la conversación sobre el Dos Caballos y el aceite. Y ahora que pienso en ello, me doy cuenta de que nuestra relación estuvo basada en el movimiento, empezó en el tren y acabó la noche del accidente, la noche que te fuiste sola en tu Mehari roto y desvencijado. Lo nuestro fue un sin fin de movimientos concéntricos, como una espiral que nos obligaba a marchar y marchar hacia adelante, sin precauciones ni cautelas. Mi relación con Ferran era distinta, y tú nunca te metiste en ello. Mi relación con Ferran era estática y pausada, pero fue él quien no soportó nuestro movimiento, el avance continuo hacia algún punto que nos reclamaba con insistencia. ¿Quizá la locura? Quizás.

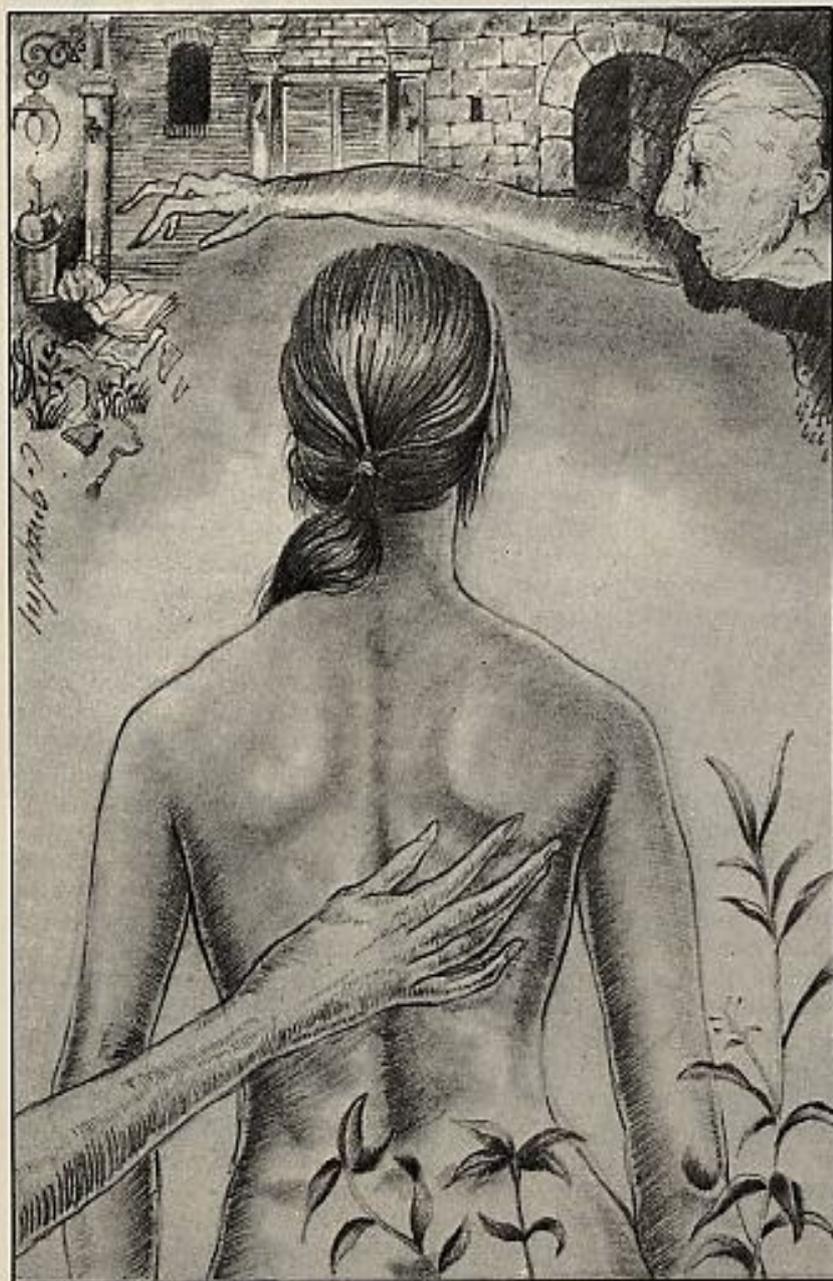
Te recordé mientras subía las escaleras de la estación, así que la chica de piel de fruta era la fresca del pueblo donde vivíamos... Debes recordar que con el tiempo te llamaba mi fresca galáctica, o bien mi puta, y se me llenaba la boca de un sabor extraño, amargo y dulce a la vez, porque volvía a ser la niña que transgredía alguna prohibición. Fue cuando te conté lo que me dijo de ti la Millonaria, creí que te enfadarías pero te echaste a reír, ja, ja, ja, qué gracia, soy la fresca y la guarra del pueblo, y luego dijiste lo de puta, repetiste la palabra, una, dos, cien veces, puta, puta, tú y yo somos dos putas, esta fue tu conclusión. Sí, pero tú más que yo, te replicaba, claro, decías, porque tú vas de intelectual, o sea de hipócrita, vamos, ¿Se puede saber por qué tienes esa manía a los intelectuales?, te preguntaba, y de repente te ponías seria, pues siempre queréis demostrar que somos los demás los que vivimos las cosas, y, luego, esta dichosa manía que tenéis para encontrar una explicación a cualquier cosa... Bueno, admitía, conciliadora, yo soy una puta por dentro y tú una puta por fuera, ¿de

acuerdo?, no sé, no sé, pero pronto te olvidabas de ello, habías cambiado de conversación o bien te quedabas callada, y yo seguía, ¿sabes?, a los quince años todavía me ponía roja

jer de mala vida, o cocotte, que era algo que me recordaba el París de la Belle Epoque y las ostras de la plaza de Pigalle...

No recuerdo ahora ni cuándo ni cómo te

volví a ver. Quizá fue uno de estos atardeceres monótonos, cuando me agarraba la flojera y esperaba el regreso de Ferran en un prolongado bostezo interior. Creo que coincidimos frente al autocar del colegio y nos miramos mientras los niños, cada uno por su lado, nos tiraban de las faldas. Seguro que parecíamos dos perros que se olisqueaban con discreción. No recuerdo quién de las dos empezó a andar, como si nada, hacia un camino enlodado que subía a la colina. Apenas si medió palabra, pero lo cierto es que yo me encontré de súbito con los críos sentados en el Mehari. Para nuestro ganado, aquello era una fiesta. Oscurecía ya pero tú nos llevabas hacia el bosque, un bosque domesticado, lleno de pinos alicaídos y enfermos, entre matorrales y montones de basura. Conducías sin prisa, sin miedo, la mirada perdida en algún punto y la mano izquierda aguantando la puerta que se abría de vez en cuando. La otra estaba sujeta con un cordel. Conducías con serenidad, pero también parecía como si huyeras. Medio mareada por tanto trote y sacudida, te miré de reojo y entre sombras percibí tu rostro que desprendía una fuerza extraña, casi mágica. Me pareció entonces un rostro duro y violento, tal vez por el color que se reflejaba en la piel que pasaba del añil al negro casi sin transición. Tenías el mentón



como un tomate cuando alguien decía la palabra puta y me parece que fue a los trece cuando hui corriendo al verla escrita con tiza en una pared desconchada, y paladeaba ahora la palabra puta, esta palabra que nunca se me hubiera ocurrido decir ante Ferran, nunca, si acaso prostituta o en plan fino meretriz, que me sonaba a institutriz o emperatriz, y tal vez ante mi abuela hubiera dicho fulana o mu-

decidido y los ojos que se iban hacia algún punto extraño que yo no podía alcanzar, sólo veía los pinos desmayados y sucios del polvo gris de los alrededores de Barcelona. Dentro del coche te transformabas, tu cuerpo se volvía como elástico, con una potencia y una gracia que en tierra pasaban fácilmente inadvertidas. El peligro te volvía invulnerable. Un día me lo dijiste, me dijiste ¿sabes? me

MAR

gustaría morirme así sin girarme, la vista fija hacia adelante. Pero yo a cada vuelta me agarraba donde podía mientras en el interior del coche todo se tambaleaba, los niños se amontonaban como si fueran pilas de sacos vacíos y sólo oía sus risas y sus chillidos, pues decían que aquello era un safari por la selva, sus aplausos y el choque de las herramientas que andaban sueltas. Los asientos bailaban y el plástico de las ventanillas se estremecía por el traqueteo. Todo parecía haber iniciado una danza frenética dentro del bosque y entre las primeras sombras de la noche. En la penumbra observé tu perfil, perfil lunar y mejilla de cristal en forma de manzana. Parecías salida de la noche, o de mar adentro, y pensé que eras como Calipso, surgida de la soledad de tu isla para reencontrarme. Y fue entonces cuando juré no decirle nada a Ferran.

Nos sentamos a la puerta del bar que hay arriba, en la colina. Pasó un largo rato entre silencios y medias palabras mientras el día moría dejando tras de sí una nube color de fuego que cubría el valle. Bastó muy poco para saberlo todo de ti. Los recuerdos de tu infancia, aquel olor a mandarina, los besos de tu padre, rico e industrial, antes de convertirse en vagabundo. Tus recuerdos parecían los míos, ¡y eran tan distintos! Luego, cuando te enamoraste locamente del padre de tu mejor amiga, aquel apuesto ingeniero de túneles y caminos. No hacía falta que me contaras lo de sus sienes plateadas —lo habíamos leído las dos en los seriales radiofónicos de nuestra adolescencia— ni tampoco cómo perdiste la virtud con él, en un túnel donde probaban motores de aviones a reacción. Me lo contabas todo con el mismo tono de voz, como en una letanía, y no me pareció dramático lo del padre vagabundo, ni tampoco lo de la seducción en un túnel que olía a alquitrán y a gasolina y entre el ruido de los motores que de lejos te recordaban moscardones. Y casi no te refeste cuando me contaste lo de tu marido, que era tu primo, el primo medio pasmado y algo meapilas que luego enloqueció por la historia de su tío por parte de madre, un tío chulo y viva la virgen que la palmó en un burdel a causa de una angina de pecho. Bueno, tú me dijiste por un soponcio, si no recuerdo mal. Y me contaste cómo te casaste con el primo medio pasmado y meapilas porque te obligó la familia después de la historia de la seducción en el túnel, y más que la historia en sí, lo que recuerdo es que me la contabas mientras sorbías despacio un *schweppes* con una paja de color rosado. Y es la paja rosa y el olor a pino lo que más recuerdo ahora, y tal vez tu perfil, lunar, y la

manera en que me contabas las cosas más extrañas como si fueran de lo más normal, como lo de la locura de tu marido, cuando le dio por pensar que si hacía la cosa contigo le agarraría un ataque igual que a su tío Claudio, que así se llamaba el tío chulo y perrillero que sembró de ridículo y de vergüenza el honorable campo familiar. Bueno, y luego me contaste lo de los camisones finos y excitantes porque no comprendías el terror de tu marido, pero pasó que éste no cejaba en su empeño, y por la noche te gritaba ¡asesina!, mientras se tapaba con la colcha hasta la punta de la nariz. Te rascabas la mejilla con la paja color de rosa mientras proseguías con tu relato, de cuando te paseabas como una «tentación» transparente ante su cuerpo que yacía tembloroso bajo la colcha, enseñando ora un muslo ora el otro, pues no te cabía en la cabeza que Ernest, tu marido y primo, pudiera ser tan desgraciado. Y al ver que lo del susto no se le arreglaba, te fuiste a ver a su padre espiritual, un jesuita que hablaba muy bien, el cual te consoló e intentó seducirte, pero sólo lo intentó, cosa que comprendiste mucho más tarde, quizá cuando al marido se le curó la manía con el psicoanalista. Y no sé por qué ahora pienso en estas cosas, me vienen a la memoria mezcladas y confusas, tal vez porque hoy hace ya dos años que te fuiste, y algo más de tres de aquel día que, en el bar de la colina y bajo un crepúsculo de fuego, sorbías el *schweppes* con la paja de color rosa, olíamos a pino y se destacaba, en una claridad casi lechosa, tu perfil lunar. Y me contabas de cómo a tu marido se le curó la obsesión de morir durante el coito gracias al psicoanalista, pero que al mismo tiempo a ti se te perdió el ansia de hacer el amor con él, y no hubo manera de recuperarla, me lo contabas de un modo impersonal, como si fuera otra mujer la protagonista, y quizás fue eso lo que más me sorprendió de ti, no la historia, no el susto de tu marido, ni el intento de seducción del cura que hablaba tan bien, sino la manera de narrarlo, ¡con lo que nos gusta a las mujeres dramatizar nuestras vidas con el fin de ser comprendidas por el mundo entero!

De regreso casi no hablamos. Los niños estaban sudados, felices y medio dormidos, y sólo se oía el ruido de las herramientas al chocar. Me dejaste en casa y quise presentarte a Ferran, aunque me era fácil predecir su reacción al verte, entrecerraría los ojos y se encogería suavemente de hombros, mientras pensaría que tú eras mi último descubrimiento. Pero ni él ni yo sabíamos entonces que tú ibas a dejarme más que una huella, algo que me va a ser difícil de borrar, aunque sé que se



me ha muerto, y quizá ninguno de los dos podía comprender lo que tú ibas a desatar en mí, reacciones imprevistas y enloquecidas que él de ningún modo podría aceptar.

Y quizás tu mérito fue llegar en el punto adecuado, en el momento de conciliar armónicamente el tiempo y el espacio, cuando algo se me estaba muriendo, el fin de una larga etapa de lucha clandestina bajo el franquismo, siempre al lado de Ferran, orgullosa de formar una pareja ejemplar, dedicada a la Historia, sin que nuestras vidas contaran para nada, orgullosos de no tener tiempo para amar, o para so-

cavar más allá de lo que nos exigía el inmenso amor que decíamos sentir por la humanidad entera. Luego todo se rompería en pedazos, dispersos, tremendamente difícil de recomponer. Y, sabes, cuando al fin Ferran se marchó de casa, no sentí por ello más nostalgia de ti, pues él creó en mí un vacío especial, y eso sólo tú lo puedes entender, pues me enseñaste que es una solemne memez la idea común de que un clavo saca otro clavo... No, tú no eras como los demás. Te adelantaste a tu siglo, viste nuestras teorías, y tal vez por esta razón no quise reconocer aquel cuerpo inerme que obligaban a respirar de modo artificial, no quise despedirme de aquella boca estúpidamente abierta, de aquellos ojos que no miraban a través de la pequeña reja de los párpados, de aquellas manos caídas sin gracia, no quise decir adiós a la muñeca que me mostraban tras los cristales pulidísimos de la sala de cuidados intensivos, y que impudicamente forzaban a vivir a base de tubos y máquinas.

Pues, aunque respirases, aunque el respirator señalase de manera precisa los latidos de tu corazón, uno tras otro, tú habías decidido que no podías convivir con nosotros, habías decidido regresar a tu galaxia.

Y tal vez te odié porque me obligabas a seguir pensando lo que debemos ser sin vivirlo realmente, porque de nuevo no me dejaban opción. Y es que tú conseguiste algo que ningún hombre de los que amé había logrado, me enseñaste a hacer el amor con las cosas, día a día, y despertaste en mí brotes de una nueva mujer que otra vez he vuelto a enterrar. Te presenté a Ferran, pues, y los dos os quedasteis como pasmados, sin saber qué decir, hasta que tú quisiste coger mi gata y ella echó a correr, yo la quise pillar de nuevo para que la pudieras acariciar a tu gusto, pero tú dijis-

MAR

te, déjala, que los gatos sólo aman cuando lo necesitan.

Despacio fui sabiendo más cosas de ti. Que decidiste vivir sola, tú y los niños, a poco de la curación del marido, pero que éste no se podía tragar la cosa, pues no lo entendía, ahora que ya estaba bien y había superado el trauma del tío muerto en la casa de putas, ahora que te volvía a desear. Te decía, muñequita, mi reina, ¿vamos a jugar un ratito? Y tú jugabas con él, un ratito, pero luego sentías unas ganas tremendas de huir. Me contaste que por fin Ernest se había ido de casa, pero con una cara que daba miedo, como si te dijera, me las vas a pagar. Así que pronto comprendí que no era cierto lo que contaba la Millonaria, que vivías con el marido y el amante, todos revueltos. Me gustaba lo que me contabas de tu primomarido antes de irse, aquello de que te amaba tanto que era capaz de matar por tenerte cerca, cuando te decía, ojalá te vuelvas paralítica para que yo te pueda cuidar, te llevaría en una sillita de ruedas por todo el mundo, muñequita. Y tú no viste la cara de Ernest mirándote a través de los cristales, su cara complaciente, beatífica. No pude aguantar cómo miraba tu cuerpo, Inerte, con ojos que te taladraban, ojos de hurón. Me dio rabia no poderte comentar lo de su cara, nos hubiera entrado risa.

Luego vino lo de la estaca, no sé si te acuerdas. Tú ya habías empezado a huir, a pesar de que Ernest había superado muy bien la crisis y quería joder día y noche contigo, pero lo cierto es que él ya no te podía pillar. Empezaste a mirar las cosas de tu alrededor como si fuera la primera vez, las cosas nacían sólo para ti y tú las absorbías con los ojos para retenerlas luego en tu memoria, muy adentro. Pero regresabas a casa y casi no podías entrar, el primer día te llevaste un susto de muerte, algo te acarició la cara, algo áspero, resultó que tu marido había colgado por todas partes ristras de ajos. Me contaste, Ernest cree que soy un vampiro, duerme con una estaca al lado de la cama, está seguro de que a media noche me voy a transformar en un conde Drácula femenino. Cualquiera día va y me la clava en el corazón. Pero la locura de Ernest era nocturna, así que le era fácil convencer al mundo de que la loca eras tú, una madre incapaz de cuidar a sus hijos como Dios manda, comiendo a des-tiempo, con los zapatos sucios y el anorak descosido, los pantalones atados con un imperdible, y era cierto, pero también lo es que nunca vi a unos niños tan felices, impertinentes y gritones, saltimbanquis que se arrebujaban en el cuerpo generoso de su madre cuando les venía en gana, para luego trepar al árbol

más alto y contar a gritos la historia de Simbad y la princesa. No te diste cuenta de que Ernest tenía todas las de ganar, y que ya no contaba la pasajera depresión cuando lo del tío muerto en el burdel, ni que durante las noches creyera que eras un vampiro y quisiera clavarte una estaca en el corazón, no contaba nada de eso, Mar, y te salieron mal las cuentas, no supiste prevenirlo a tiempo, porque eras incapaz de sospechar el futuro, de pensar que, al fin y al cabo, Ernest es un honrado padre de familia durante el día, valioso y trabajador, que ahora lleva a sus hijos repeinados y atildados como conviene a los de su casta.

Y me ibas contando tus nuevas experiencias como si no te pertenecieran, pero nunca pensé que te separabas de mí, sino que vivías otra clase de vida de la misma manera que yo estaba con Ferran, aunque él no lo comprendió, ya sabes, y no sé si Ferran se fue de mí lado porque tu desataste en mí el sueño, o sea la ilusión, y él era incapaz de compaginarme así, hecha sueño y realidad, y la casa también empezó a ser un desbarajuste, mis niños aprendieron a trepar a los árboles con los tuyos, a jugar la historia del Simbad y la princesa, a dormir todos juntos en una misma cama, a ir de safari en tu Mehari cada vez más sucio y pegajoso, lleno de periódicos rotos, trozos de cordel, herramientas oxidadas por la lluvia, cascos de coca-cola, trapos húmedos de grasa, manchas de gasolina, las puertas que se abrían, las ventanas rotas, y el Mehari saltando como un sapo hacia la colina polvorienta, hacia el cerro que no invitaba a soñar, a causa de los pinos que agonizaban, con sus troncos medio podridos y el espanto de los pájaros color ceniza. Los niños saltaban y hacían piruetas dentro del coche y sacaban la picha por entre el plástico desvencijado a ver quién meaba más lejos. Y pensé que tú eras como el Mehari, Mar, tremendamente acogedora y tremendamente provisional. Hubiera querido dejar atrás los hábitos de niña de ensanche y vestirme como tú, igual que tus críos, calcetines de mil colores, tejanos descoloridos de tanto lavarlos con lejía, blusas a cuadros que parecían que colgaban por todos lados, y aquellos jerséis tan anchos que parecía que llevábais una joroba, o dos o tres. Pero los colgajos y los imperdibles, las jorobas y los descosidos te hacían si cabe más hermosa, más insumisa. Y se acentuaba tu perfil lunar cuando te metías hecha un ovillo en el sofá de casa para escuchar, los ojos cerrados como si ya estuvieras muerta, el concierto número dos para piano de Chopin. No te atraía el rock, no mirabas nunca la tele, apenas

leías, sólo horas y horas escuchando a Chopin, a lo mejor ya había empezado tu huida. Y me decías acariciando suavemente el volante, la mirada metida hacia adelante como la proa de un barco, penetrando en la belleza decrepita y maloliente del bosque en ruinas, me decías, si he de morir, quiero que sea así.

La primera vez que fui a tu casa, apenas te reconocí en la foto que tenías en la pared, una foto pequeña clavada con tachuelas. Vi allí a una pareja, él con corbata y el pelo engomado y una cierta sonrisa de hombre feliz, y a su lado una chica con cara de vecina anónima en una casa de muchos pisos. Llevabas un moño alto y el pelo crepadísimo, a la moda de los sesenta y parecías en la foto mucho más baja que en la realidad. Tus formas eran redondas y pronosticaban un futuro entrado en carnes. Mirabas al hombre que tenías a tu lado con el aire embotado de la recién enamorada, y era natural, pues el hombre era el primo pasmado y meapilas que te había aceptado luego de haber sido desvirgada por el padre de tu mejor amiga en un túnel donde probaban motores a reacción. Y esto ocurría mucho antes de que Ernest te llamara asesina, o sea después del trauma que tuvo por la muerte del tío Claudio, mucho antes de todo. Y empezaste a huir de casa, y no por las ristras de ajos ni por la estaca, empezaste a huir porque ya tenías muy enterrada a la mujer de formas redondas y pelo crepadísimo, la habías enterrado sin tragarte los libros que me he tenido que tragar yo para entender algo, y sigo sin entender nada, y quizá es la razón por la cual te odié el día de los tubos y te amé al mismo tiempo, porque habías comprendido mucho antes que yo cómo había que vivir. Recuerdo ahora que llegabas tarde a casa, un día porque nos íbamos al cerro, y al otro porque te ibas con el argentino. El que te enseñó las delicias del amor con tino y sin prisas, jugando. Fuiste una alumna adiestrada, a pesar de que era diez años más joven que tú y aspiraba a ser un eterno marinero, lo cual no te preocupaba en absoluto. Aprendiste a mirar el cuerpo del otro como un río que nunca acaba de pasar y que, si una quiere, puede saciarse en sus aguas y andar por la cuerda floja entre el amor y la muerte y, claro, fuiste tan buena alumna que pronto no encontraste aliciente en hacerlo con Ernest, comparabas, y éste es el principio del fin de toda relación, por lo menos exclusiva. Se fue un día el muchacho argentino que te enseñó a amar a tu cuerpo a través del suyo, tal vez porque supiste pararte en sus orillas y escuchar sus dulces palabras que, aunque no fueron eternas no eran por ello efímeras, y

me contabas cómo habías aprendido a mirarte ante el espejo, de una manera distinta, sin pararte a pensar lo bien que te quedaba un vestido o si el peinado era perfecto, no, desde entonces ya era otra cosa, aprendiste a valorar las formas de tu cuerpo porque, siendo tuyas las amabas, te detenías a observar todos los rincones, incluso la cueva, húmeda y generosa, los pliegues y repliegues que se extendían con el aviso del placer, sin temor a ser vencida, pues pronto aprendiste que no se pierde nada en una noche de amor cuando uno sabe por qué se entrega. Se fue el argentino y pensaste que todavía eras novicia en las cosas del amor, así que te fuiste con Joaquim. ¿O fue después de lo del profesor de música? No lo recuerdo bien y me duele que no estés ya aquí para comentarlo. Tal vez fue antes lo de Joaquim, porque éste sentía celos de Ernest y tú no querías dejar a tu marido, te daba mucha pena. Muchas noches te quedabas con Joaquim, ayudándole en lo del bar, y te pareció entonces que tu vida tenía sentido: había que ayudar a Joaquim, el cual no tenía ni una perra y su vida había sido de lo más desastrosa, comido por los piojos cuando la posguerra más sórdida, aprendiendo los oficios más duros, malviviendo aquí y allá para sobrevivir. Te tomaste muy a pecho lo de ayudar a Joaquim, aquel muchacho de cara aplastada y pelo lustroso, tan a pecho que casi te perdí de vista, aunque aparecías alguna noche con un ramo de flores silvestres, quizá para hacerte perdonar y te arremolinabas junto a mí para escuchar a Chopin. En casa se quedaba Ernest, preparando minuciosamente la cena y las ristras de ajos, esperando tu llegada. Te pasabas la noche clavando cuadros, serrando estantes, pintando el hueco de la escalera que daba al bar. Hacías cosas de hombres no para emularlos, no para demostrarles que lo sabías hacer como ellos, sino, simplemente, porque te gustaba. No te vengabas de nadie cuando ibas en moto o cuando ibas tan de prisa con tu Mehari. Entendías de enchufes, de lavadoras, y sabías perfectamente lo que le pasaba a los pistones del motor de tu coche. Este mundo que a mí siempre me pareció mágico era para ti cosa de niños, pero al mismo tiempo eras frágil y delicada como el cristal y quizá por ello algunas mujeres te odiaban y los hombres te temían. Pronto Joaquim se esfumó, tal vez por celos, pues le era difícil entender que siguieses todavía con Ernest, y apareció el profesor de música, medio sulzo medio catalán, el cual se enamoró arrebatadamente de ti, como en las películas, y durante unos días andabas majara con el cuento del vacío en el estómago, los

MAR

ojos perdidos hacia no sé qué infinito, y recitando con voz monótona los poemas del viejo Alexandre. Y mientras Ernest se iba por la puerta delantera de tu casa, soñando con el feliz día en que por fin te vería paralítica, por la otra puerta entraba el profesor y hacía exactamente el mismo recorrido que antes había hecho Joaquim. Y no había en ti afán coleccionista, creías que cada persona tiene su historia, y la historia del profesor era que acababa de pasar un terrible desengaño amoroso que le había dejado medio traspuesto, se había enamorado de algo imposible, tú sabías que para el profesor no eras otra cosa que una parada de transbordo hacia la estación del olvido, y a pesar de saberlo le enseñaste todo lo que habías aprendido con Joaquim y el argentino, y no hubo en ti ningún sentimiento de pérdida, o de fracaso, cuando el profesor te dijo que andaba medio chalado por una jovencita maravillosa que te iba a presentar sin dilación, aplaudiste y le besaste. Luego el profesor diría aquello de siempre te estaré agradecido, ¿cómo te voy a olvidar?, y a ti te parecieron unas palabras nuevas y hermosas. Hicisteis el amor delante del fuego, tiernamente, me dijiste tú. No sé si recuerdas que yo te pregunté si no te habías sentido estafada, si no te había hecho daño la historia del profesor y el que te dejara por una jovencita de esas de piel de seda y cuerpo de gacela. No me entendiste, no sabías qué cosa era la posesión, amabas de una manera extraña que no correspondía a nuestra época. Lo único que pedías es que te amaran de verdad cuando estaban contigo, que tu presencia fuera entonces el centro. Y me reprochabas que los intelectuales y los artistas buscamos en la vida el sufrimiento, la idealización de lo que no tenemos, que no sabemos vivir. Y yo me daba cuenta que volvía a la tierra, llena de símbolos y signos para sobrevivir el fracaso, que no era como tú, que eras de otro siglo. Ante mis amigos te mantenías en un silencio obstinado. Cuando éstos iniciaban alguna conversación ideológica, tú te ibas a tu planeta. A Mar todo le resbala, me decían es una chica muy rara. Lo decían porque no había modo de clasificarla, ya sabes que eso es difícil de perdonar. Más que con tus palabras les aturdías con tus actos, algo que ellos definirían como una contradicción permanente, no había ningún papel predecible para ti, les desordenabas el cuidadoso archivo que tenían en su mente. Pero muy pronto capté una mirada fugaz que te alejaba y empecé a intuir que habías elegido el camino de la huida.

Apenas me hablabas de tu pasado, sólo que tu madre se había casado con el dedal y la

aguja y que tu padre andaba por ahí de vagabundo. El olor a mandarina te recordaba a un señor de mano rasposa que te acariciaba y unas pupilas que formaban riachuelos rojos y que te miraban con insistencia. Sabías que tu padre andaba despendolado, recogiendo papeles de periódico o hurgando en las bolsas de basura como un gato nocturno, te lo imaginabas como una larga sombra que se perdía por entre los faroles de la ciudad. Mi padre tiene la cara verde, me decías, y cuando quería saber por qué tu padre tenía la cara verde ya estabas de nuevo en otra parte. Tal vez buscabas en todos los hombres que amabas algún reflejo de tu padre, no sé.

Durante estos dos años he querido creer que conmigo no huías. Cuando juntas paseábamos, perdiéndonos sin prisa por viejas calles de Barcelona, metiéndonos con la gente, con los hombres, cuando apoyaba mi mano en tu espalda, recuperando el gusto adolescente de la prohibición. Cuando lamíamos con descaro la misma copa de vino ante el azorado camarero, o nos inventábamos que tú eras una secretaria y yo el ejecutivo pelliculero que te iba a seducir. Dicen que la gente feliz no tiene historia y creo que no es cierto. Yo fui feliz contigo y aquellos momentos están ahí, desdibujados por el tiempo, a veces inmóviles y otras en movimiento, pero siempre están ahí, convertidos en lacerante nostalgia, imposibles ya de olvidar. Se presentan ante mí como retazos aparentemente inservibles, se van juntando con dolor, y la adolescente que se fue, y que recuperaste de forma canallesca se resiste a creer que el pasado no vuelve más. Hacíamos de Esther Williams en tu vieja bañera de cantos oxidados y patas de dragón, imitábamos a Gilda cantando lo de Amado míooooooo, te quiero tantoooo, no sabes cuantoooo, ni lo sabrááááás, envueltas las dos en la misma toalla, que tu habías robado en un hotel de lujo cuando viajabas con Ernest, pasándonos el cigarrillo en una larga boquilla o imitando un interminable y moroso diálogo estilo Bergman. Luego . Luego hacíamos lo de la secretaria y el ejecutivo, las dos frente a la pared de pulidas baldosas blancas. «Querida, llevas un vestido precioso»... ¿«te gusta»?; «sí, pero me gusta más lo que hay dentro...» «oh, bueno, ya sabes, una mujer tiene que cuidarse»..., genial tu caída de ojos a lo Marlene, y tú aparentabas un estremecimiento, «oh, eso se lo dirás a todas...»; «bueno, contigo es distinto, eres una mujer con clase, además, me aburro tanto con mi esposa... Me gustaría que subieras a mi apartamento, guardo un champán para las ocasiones especiales»... «Oh, querido, lo deseo con

toda el alma...». Y volvíamos a la noche en tu Mehari, buscando víctimas, lo cual no era difícil. Siempre había un futuro seductor que se paraba a nuestro lado, apoyando el codo en la ventanilla, y calibrando exactamente lo que valíamos durante el corto cambio de un semáforo. El conquistador en cuestión nos repasaba mientras le lanzábamos miraditas prometedoras, y cuando el hombre pensaba que tenía la partida ganada, tú apretabas el acelerador y te metías justo delante de su coche, moviéndote en zig-zag mientras le sacábamos la lengua al seductor frustrado, y ésta era la peor de las provocaciones, pues resultaba imperdonable que dos mujeres que pasaban de los treinta jugaran al gato y al ratón sin tener en cuenta las más elementales reglas del juego. Y la verdad es que nunca pensamos que había en ello sed de venganza. No, contigo era imposible imaginar ningún afán vindicativo. Habías superado la fase de odio a los hombres para ser tú misma. Y era inútil que yo sigulera teorizando en mis conferencias sobre feminismo, devanándome los sesos por encontrar alguna salida plausible a todo este llo histórico, hablando de la opresión que nos ha dejado este poso, oscuro y castrante, de recelo y resentimiento,

pues tú te salías tranquilamente con la tuya mientras yo tenía que tomar dos o tres somníferos, llorar largamente todas las mañanas bajo la ducha para superar la separación de Ferran. Sí, eras así hasta que ocurrió lo de Ernest y el abogado, hasta aquel momento no habían podido contigo, Mar, pero lo de los niños fue demasiado gordo, ¿cómo lo ibas a entender, cómo ibas a pensar que el primo que te daba tanta pena iba a reaccionar de este modo?

Fue demasiado corto aquel tiempo, Mar, demasiado para darme cuenta de lo feliz que era sin tener que preguntarme por qué. Parecía como si todas las piezas del rompecabezas volvieran a su sitio, como si cada miembro de mi cuerpo reencontrara su espacio, como si mi mente se reconciliara con el universo. Durante aquel año escaso logré ser yo por primera y única vez en la vida, y no era sólo por las risas, ni por el teatro, ni por la ternura. Ni tampoco por aquel secreto sentimiento de triunfo cuando el desconcierto de los hombres nos gritaba por la calle ¡tortilleras! Cuando íbamos cogidas de la mano, terrible pecado, pues a las mujeres sólo se les permite ir del brazo... Cuando de repente nos daba por abrazarnos en medio de la playa porque nos venía en



MAR

gana... Cuando íbamos a mangar macetas modernistas a las hermosas casas deshabitadas de los veraneantes, en las noches sin luna y heladas del mes de los gatos... ¿Qué pócima me echaste? De repente me mirabas con tus ojos de bosque al alba y me decías, ¿te das cuenta de cómo hacemos el amor? ¿Te das cuenta de cómo dos mujeres pueden amarse de una manera distinta que un hombre y una mujer? Cierto, te respondía. Aunque me daba miedo el abismo que se abría ante mis pies, la verdad, y tú lo viste pronto, cuando me propusiste lo de irnos hacia el norte con tu Mehari. Y repetías, ellos no nos entienden, y al decir «ellos» hablabas de una masa informe, agresiva y anónima, ellos eran los que no nos perdonaban nuestro amor, que no lo definiéramos con palabras, que no reservásemos para ellos la «cosa», que compartiéramos lo que no debe compartirse.

Sólo una vez te besé. Fue en el viejo estudio que alquilé después de haber leído lo de *La habitación propia* de la Wolf. Ya no lo tengo, sabes, pues con lo de Ferran se me esfumó todo el dinero y no estoy yo para tener estudio propio sin sus quinientas libras al año. Yacíamos en la manta argelina, cansadas de haber revuelto los viejos y decrepitos trastos y cachivaches de la antigua proletaria. Fue poco antes de que Ernest te dijera lo de los niños, poco antes del accidente. Hablábamos de la vieja que había muerto sola en el piso, sepultada entre periódicos roídos por el tiempo y bolsas de basura alineadas en minucioso orden por toda la casa. La vieja nos fascinaba, pues entre enormes calzoncillos remendados, rosarios de nácar, pilas de ropa vieja y de antiquísimo uso, misales amarillentos y camisetas de franela gris, encontramos sus cartas y algunas fotografías junto con un apolillado *renard* que te colocabas alrededor del cuello mientras te paseabas por el corredor meneando el culo. ¿Me sienta bien? Pareces una *cocotte*, reina. Y tú y yo la historia de la vieja, que había muerto inundada por sus meadas y los vómitos de la última borrachera. La vieja del anís, la llamaban en el barrio. Y a través de sus cartas, y las fotos, donde ella aparecía al lado de un señor elegante de ancho sombrero color blanco, supimos que eran amantes, y que el señor del ancho sombrero había dejado a su mujer por ella y juntos vivieron sus últimos años. Pero el señor no había dejado nada en testamento y la vieja se quedó sola en el piso, muriéndose despacio junto con todas las cosas que la rodeaban, el depósito del water pronto dejó de funcionar, los grifos se estropearon, la porquería se fue acumulando mientras a la vieja só-

lo le quedaba aliento para bajar al bar de la esquina todos los atardeceres y tragarse de un sorbo tres o cuatro copas de anís que le dejaban un gusto dulce y antiguo en la boca, convertida en un guiñapo y olvidada de las vecinas y la portera que protestaban por el hedor que salía de su casa... Y quedaron allí, entre tanto bulto y tanta mierda, las fotografías amarillentas y las cartas, últimos vestigios palpables de la vida que había llevado la vieja al lado del único hombre que había amado en toda su puñetera existencia, quedaron allí para que dos desconocidas que querían tener una habitación propia después de haber leído a la Wolf la entendieran un poco, comprendieran aquel gesto minúsculo y miserable de una mujer que lo abandonó todo para seguir a un hombre que no le iba a dejar nada en testamento. Y creo que yo te comenté, la vida no es trágica, es ridícula, fíjate, hablo mucho de feminismo y me emociono como una boba ante esta historia de «mujer enamorada que lo abandona todo por el hombre de su vida». Y tú no respondiste, mirabas la leve luz del atardecer que se infiltraba por las rendijas del balcón.

Al cabo de un rato, sólo dijiste, mira qué luz. Sólo eso de la luz. Estábamos encima de la manta argelina y tu cara se apoyaba sobre mi vientre. Tu pelo me hacía cosquillas y fue entonces cuando te besé.

Y han pasado ya dos años desde que te fuiste, Mar, desde aquel día que viniste a casa, temblorosa e impaciente, y me dijiste, Ernest ha ido al abogado, me va a quitar a los niños, dice que la ley está de su parte, afirma que estoy loca, que no sirvo para madre. Y yo te contesté que había que luchar, que los niños son de su madre. Recuerdo tus ojos de fuego que me gritaban, los hijos no son de nadie, ¿me entiendes? ¡no son de nadie! Y fue entonces cuando me propusiste que me fuera contigo hacia el norte, lejos, pues sabías que Ernest iba a ganar la partida, él tenía dinero y un trabajo honorable, y tú no tenías nada. Me propusiste marcharme contigo pero yo no quería saltar al abismo, había ido hacia él pero tenía que regresar a mi planeta, Mar, tenía que volver a la razón, a seguir trabajando para entender algo. Te fuiste dando un portazo y al cabo de tres días supe lo del accidente, tu coche se hundió en el precipicio de la Collada de Tossas. Habías vuelto a tu galaxia, Mar, y yo me he quedado sola y hace tiempo que no sé lo que es llorar, pues las lágrimas también te las llevaste tú. ■ M. R. Septiembre 1980. Ilustración de Carlos (copyright Montserrat Rolg y Argos Vergara. 1981).